

## ENTREVISTA

# Hans Magnus Enzensberger

## “La Transición parecía que iba a ser extraordinaria”

**Europeo convencido, Hans Magnus Enzensberger está ahora triste: el invento no va bien. En su apartamento de libros bien ordenados, confiesa que ya no volverá a viajar a ningún sitio**

POR JUAN CRUZ

**A**l final de la conversación, en este espacio que tiene desde hace décadas en Múnich, Hans Magnus Enzensberger brinda de pie con vino de Jerez. Es un europeo convencido, entrañado en la idea de Europa, pero ahora triste: el invento no va bien. El autor de *Tumulto* (Malpaso, 2015) repasó las imposturas revolucionarias del siglo XX, algunas de las cuales visitó en primera línea de fuego: Cuba, Mayo del 68, Baader Meinhof, Brigadas Rojas, incluso los rescoldos de esperanza y de prematuro naufragio de la URSS. Con ese bagaje cultural y político incide ahora en un libro que se publicará en su editorial, Suhrkamp, el mes entrante y que lleva un título, aún no traducido, que suena así: “El arte de la supervivencia”.

Ahora estamos con él en este espacio, su casa (23 grados dentro, -10 grados en la calle nevada), para preguntarle cómo ve el mundo a estas alturas. Conserva sus modos, la vivacidad de esos ojos claros, los gestos rabiosos cuando no le sale el español que tuvo (ha sido un gran traductor al alemán de nuestra lengua), y habla con entusiasmo, simpatía y tristeza de este país, al que visitó (véase en EL PAÍS sus *Cristales rotos de España*, 1985) cuando en el extranjero (y aquí) se sentía que la Transición era el bálsamo definitivo. Él también creyó que “la Transición iba a ser extraordinaria”.

Ahora el discurso nacionalista catalán está entre esos cristales rotos que se ajustan a su metáfora, también para lo que ocurrió en las revoluciones del siglo XX. Le da pena el discurso nacionalista y lo conecta con lo que pasó en Euskadi. “Qué horror, aquella Iglesia, los curas oscuros”. A su edad ya no va a volver a España, ni a ningún sitio, y no podrá repetir visitas como la que hizo, la última vez, a ver el 15-M. “No, ya no voy a volar más. Lo he limitado porque no tengo ganas de estar en los aeropuertos, los odio, te chequean por todas partes, te quitan la ropa, los zapatos. ¡No lo acepto!”.

Esta vez no son los países, son los aeropuertos los que lo mantienen en pie de guerra, sentado en su casa de Múnich. Ya no saldrá más. “El artículo 1 de la Constitución alemana dice que la dignidad del hombre no se ataca. Y en los aeropuertos hacen todo lo contrario”. Algo a lo que también se negó es a utilizar móvil, a usar en exceso el e-mail... “Contesto al teléfono normal y escribo cartas. Hay un método seguro si no quieres ser vigilado: enviar y recibir cartas postales escritas a mano: las máquinas no saben leerlas”. Siempre estamos buscando, en la vida, burlas a la vigilancia. “Afortunadamente, en este mundo tan vigilado, nadie se interesa por mí, no conozco a nadie, nadie quiere saber de mí y ni siquiera conozco a la señora Merkel!”.

**PREGUNTA. ¿Le gustaría?**

**RESPUESTA.** Nunca he tenido afán por encontrarme con políticos.

**P. Pero si se encontró con Fidel Castro.**

**R.** ¡Y con el rey de España, y con la reina! Claro, eran los Premios Príncipe de Asturias. En esa ocasión era inevitable. ¡Una gran fiesta montaron!

**P. ¡Para usted!**

**R.** No: ¡para la Monarquía!

En aquel libro, *Tumulto*, el HME de ahora habla con su antepasado, el HME de las revoluciones: “Parece que se te ha olvidado lo ruidoso que era el tumulto”. Ahora sí que es ruidoso el mundo. “¡Muchiiiiisimo!”. En los sesenta era un tumulto controlable. “Y ahora en Alemania estamos en una isla de paz, no hay guerra civil, es agradable vivir aquí. ¡Pero en el resto del mundo! Oriente Próximo es inhabitable, Siria, Irak, los kurdos...”.

Y además hay un hombre al frente del mundo, Donald Trump, que ama la guerra y reclama armas... “Me da pena América porque los americanos me salvaron, nos salvaron, en 1945. He tenido mucha gratitud hacia los americanos, pero me da mucha pena la situación en la que están ahora con ese hombre, es terrible”. Sobre la matanza de colegiales dijo *ese hombre* que si los profesores tuvieran armas eso no habría pasado... “Tienen obsesión con las armas, a Canadá no llegó ese problema. En el siglo XIX hubo una guerra civil entre el norte y el sur de Norteamérica. Esa guerra latente subsiste entre los norteamericanos y de ahí viene la obsesión por ir armados”.

**P. ¿Y Alemania cómo va?**

**R.** Más o menos tranquila. Hay una derecha populista como en todas partes, como en Francia y Escandinavia. No me preocupa en absoluto porque no van a vencer. Son personajes no fiables que disputan entre ellos.



El poeta y ensayista alemán Hans Magnus Enzensberger, visto por Sciammarella.

**“ Neruda era un caradura. Iba de comunista comprometido o revolucionario y era todo falso. Pero le fue muy bien eso para sobrevivir**

**P. En aquel libro, *Tumulto*, recons-truye el pasado con su alter ego menor, el testigo de todas las revoluciones. ¿Para qué sirve mirar el pasado, Enzensberger?**

**R.** Para saber cómo éramos, cómo sobrevivimos. Tengo este proyecto que saldrá en abril, el libro *El arte de la supervivencia*, sobre lo que han hecho los artistas para sobrevivir en el siglo XX. El estudio del pasado nos lleva a conocer esas artes de supervivencia, que implican a muchos señores de prestigio que hicieron lo que fuera para no ser aplastados por la historia y mantenerse a flote.

Entre esos personajes se vislumbran nombres en español: Octavio Paz (“y sus relaciones con el PRI mexicano”), Camilo José Cela (“lo de- testo, no tengo ningún respeto por él”), Pablo Neruda (“imagínate, qué personaje, su *Oda a Stalin*... qué superviviente”)... En el libro cuenta “cómo hicieron unos y otros, en un siglo tan complejo, para no acabar en los campos de concentración alemanes, o en los Gulags rusos, qué prácticas y tácticas utilizaron. Como Brecht, al que nunca le pasó nada”.

**P. Sí, en la lista veo a Brecht. ¿Cómo lo hizo?**

**R.** Fue muy listo. Tuvo un pasaporte austriaco sin serlo, tuvo una caja fuerte en Suiza, estuvo amenazado por el Par-

tido Comunista, pero lo dejaron en paz con su teatro por el contenido de esa caja. Asumía riesgos, pero calculados...

Hay más nombres propios. Henry Miller, César Vallejo (“tuvo una vida normal vistas las circunstancias, y murió de hambre en París, describió incluso su propia muerte”), y están Pessoa y Céline...

**P. ¿Ha visto lo que ha pasado ahora en París? Censuraron a Céline.**

**R.** ¡Sobrevivió, pero es una persona muy negativa, un antisemita furioso! Tan furioso que los propios alemanes nazis lo evitaban por extremista. ¡Hasta acusaba a Hitler de no ser bastante radical!

Nombres sorprendentes están también: Juan Carlos Onetti, André Breton... Algunos ya dichos requieren precisiones. El Premio Nobel a Cela “es ridículo porque no escribía bien”. A Octavio Paz le tiene respeto porque escribía bien “y por su método para sobrevivir, no sabía qué pruebas le iba a exigir el futuro y tuvo que organizar la supervivencia”. ¿En cuanto a Neruda? “Era un caradura, sí, sí, sí. Iba de comunista comprometido o revolucionario y era todo falso. Pero le fue muy bien eso para sobrevivir en la Unión Soviética, en Occidente, en España, en América Latina y en Oriente, como consúl de la República de Chile”.

**P. ¿A quién salva?**

**R.** Tengo cierto respeto por los que no colaboraron con los ocupantes en la guerra mundial, con los que conservaron cierta independencia, cualidad que admiro mucho. Kapuscinski, Joseph Brodsky... Este libro, por cierto, es un test sobre cómo me hubiera comportado yo mismo.

**P. Y *Tumulto* era un recorrido sobre lo que le produjo entusiasmo y luego le olió mal.**

**R.** La desilusión es un factor muy grave. Por ejemplo, Gottfried Benn fue un entusiasta de los nazis; después su desilusión fue tan grande que se retiró a otro oficio... Cuando llegas a un renombre mundial es imposible que te maten. Pasternak, Solzhenitsyn... La fama puede ser una estrategia. Otra estrategia es la contraria: hacerse invisible, no aparecer en televisión, en revistas.

**P. De todo lo que pasó en el siglo XX, de todas sus experiencias, ¿hay algo de lo que pueda decir “aquello estuvo bien”?**

**R.** Cuando vas con muletas, tu trabajo son tus muletas y sólo puedes avanzar vacilante. Creo que en mi caso lo que ha sobrevivido es la poesía, últimamente he escrito mucha. Y mi primer libro fue poesía.

**P. Imagine que un nieto suyo le pregunta qué sobrevive de los sesenta, del 68, de la Revolución cubana...**

**R.** Creo que ahora, en general, las relaciones con la policía son distintas. Creo que hasta en España la Guardia Civil se ha civilizado, ¡y el Ejército alemán es pacifista!

**P. Eso viene de Mayo del 68, ¿quiza.**

**R.** ¡¡¡Sí!!! En Alemania también tuvo efectos. También hubo una transición. Quedaban los últimos vestigios del imperio alemán de los años veinte, pero el espíritu militar ha desaparecido, algo extraño porque los alemanes fueron buenos soldados durante un tiempo. Ahora no quieren saber nada de eso: el tono de la sociedad ha cambiado, quieren hacer negocios, exportar automóviles, son inofensivos. El 68 eliminó muchos acronismos de antes de Weimar.

**P. ¿Y qué aporta ahora la política alemana a Europa?**

**R.** No quieren tener la hegemonía política, presentarse como número uno. De ahí la alianza con Macron, el reagrupamiento con los franceses, hasta con países con los que no se han llevado bien, como Polonia o Hungría. Se nota el peso económico de Alemania, y el peso de su población, pero ahora son inofensivos.

**P. Tampoco quieren líos con Trump.**

**R.** Tenemos que estar muy atentos, porque esta es cuestión de la OTAN. Ahora se ha garantizado que los rusos no invadan Alemania, que el petróleo llegue desde Oriente, desde Venezuela, de todas partes.

**P. Y los intereses hacen hoy la política.**

**R.** Sí, no hay amistad sin intereses. Dice en *Tumulto*: "He estado en la tierra de nadie de demasiados aeropuertos". Es su manera de desear su importancia. No es un especialista, pero ama la ciencia, ha escrito un *best seller* para enseñar matemáticas ("del que he vendido cinco o seis millones de ejemplares, ¡garantiza mi pensión!"), y ha estado ("pero no he participado: me encontraba allí pero en otra parte") en varias revoluciones. "Tal vez me haya evadido por instinto: en la guerra mundial aprendí a quedarme lejos de los que disparaban, el sonido de la metrallera no me gusta, y deserté al final por un instinto de supervivencia". Fue reclutado siendo un niño, como Günter Grass... "Hicieron un caso de su pertenencia a las Waffen SS y no dicen que para hacer ese ejército reclutaron a un millón de personas ingenuas... ¡Los periodistas, la que armaron con eso! Y Günter era un muchacho ingenuo, que luego fue un gran narrador pero jamás fue un intelectual..."

**P. En su obra hay mucho hundimiento: *El hundimiento del Titanic, Tumulto*...**

**R.** ¡Pero también tengo uno de progreso, *Mausoleo*. ¡50 libros! ¡Basta! Me da la sensación de que en Alemania me toleran porque saben que ya son pocos los años que deben soportarme. Es cuestión de paciencia.

Se enrabia: su español ya no es tan bueno. Y el español es una lengua amada, que lo hizo traductor feliz de grandes autores, hasta ahora mismo. "Cuando hablar castellano fue un problema en Cataluña perdí el afecto por ese país. Antes a todo el mundo se le permitía hablar el lenguaje que quisiera. Es una locura".

**P. Decía usted en una entrevista que le hice en 1990 que era capaz de sentir que estaba en Europa si caía en paracaídas y a ciegas en cualquier lugar del continente por el olor. ¿Cuál es el olor dominante de Europa ahora, el que más le gusta?**

**R.** Es una cuestión de orientación. Yo busco el centro de los pueblos. El Ayuntamiento, el mercado, la estación de tren... Sin haber estado nunca en ese sitio, sé que el conjunto de esos olores corresponde a un pueblo de Europa.

En un tiempo, decía en *Tumulto*, en muchos países sonaba la revolución y al final se escuchaba *All you need is love*. Ritmos del pasado. Al final de esta conversación ya no hace sol en su casa y él saca dos copas de vino de Jerez. Brindamos por él, tan veterano y tan saludable. Un testigo de cuando el mundo se conjugaba en futuro. Ahora no se sabe muy bien qué tiempo hace, pero afuera hiela en Múnich.



Una escena de *El tratamiento*, de Pablo Remón. VANESSA RABADE

## Cómo ganar tiempo con Pablo Remón

En *El tratamiento* deslumbra el placer de contar historias, con una soberbia alquimia entre humor y dolor

POR MARCOS ORDÓÑEZ

**E**l pasado sábado hablaba de la riqueza, de la alegría temática y tonal de *Mammón*, de Albet y Borrás, en el Canal; una de esas funciones generosas que tienen algo de novela y película, que te contagian el placer de contar historias, te pasean por paisajes inesperados y sorprendentes, y que no se pueden resumir. *El tratamiento*, de Pablo Remón, que vi al día siguiente en el Pavón, pertenece a esa raza poderosa y libérrima, donde cinco o seis actores se transforman en una veintena de personajes, y los ríos de muchas aguas, calmas y tumultuosas, aguas del pasado y del futuro, fluyen y se entremezclan con maravillosa naturalidad. La Tristura, Sanzol, Carballal, Despeyroux, Messiez, Padilla, Giménez y Cárdenas, y T de Teatre, por citar solo unos pocos, juegan también en esa liga. Y cada día hay más.

Quizás el título haga maliciarse a un melodrama de enfermedades gordas. Hay un juego de palabras con eso, que no revelaré, pero sepan que predomina el tratamiento en sentido cinematográfico, el resumen secuenciado de una futura película. Martín (Francisco Carril) es un guionista sin éxito.

No logra colocar un guion sobre la Guerra Civil basado en una hermosa historia familiar. Se gana la vida escribiendo telepromociones y dando clases de escritura a alumnos que solo quieren hacerse famosos (y probablemente lo consigán) con relatos de muchas explosiones y poco corazón. Martín quiere escribir ficciones donde palpita la vida, pero también quiere ser famoso. Y ganar dinero. De pronto parece llegar su gran oportunidad. Y es así como Martín va a caer en las garras de Álex Casamor (Francisco Reyes), un director ególatra y tarado; Marcelo (Emilio Tomé), un productor de tres al cuarto, y Adriana Vergara (Bárbara Lennie), una productora pirada y manipuladora.

Los retratos están pintados con vitriolo, pero cualquiera que haya frecuentado ese mundo los reconocerá como verídicos. Entre todos, Martín incluido, van a reescribir, cambiar y deshacer el guion de arriba abajo. No quiero avanzarles nada, ni un solo gag; solo decir que provocan una creciente mezcla de risa y desazón. Diálogos a toda mecha. Mametianos. O todavía mejor: azconianos. Las for-

mas narrativas de *El tratamiento* también me hacen pensar en el gran Mariano Llinás. Este arranque, por ejemplo: "Lo que va a pasar ahora: la canción va a terminar. Él le va a decir: *Sono dipendente dei bacì tuoi*. Es una frase que ha escuchado en una canción de Eros Ramazzotti". Y me llega al alma que Remón se coloque en el programa bajo la advocación de San James Salter. Salvo Francesco Carril, todos los intérpretes multiplican sus roles y se pasan la pelota de la narración. Ana Alonso, a la que aún no he mencionado, está perfecta como la psicóloga, y la prima enigmática, y De repente viajamos al pasado. Qué giro más brillante, qué caña más bien lanzada. Martín y el *Titanic*: la madre del cordero. Una de ellas. Cuando todo comenzó a hundirse. Y apareció un salvavidas: la escritora. Y Cloe, por supuesto. A Cloe (Bárbara Lennie) la hemos visto en la primera escena, inventando la epifanía de Laura y Giancarlo. Cloe es su le-

jana amante. Su alma. O ánima, que diría el señor Jung. Ella descubrirá que Martín ha perdido el brillo de sus ojos, pero algo sigue relumbando: el recuerdo de un irreplicable momento de felicidad en Roma.

Hay dos momentazos que me hubiera gustado escribir: la escena en el sanatorio (puro Sorrentino, con Lennie —me vuelvo a descubrir ante ella— como una hermana posible de Jep Gambardella, ya verán por qué) y el no menos portentoso diálogo entre Martín y el chófer (Francisco Reyes). Solo por esas dos escenas valdría la pena ir al Pavón. Pero hay muchas, muchas más. Y más perfume Sorrentino en las cartas desde el mar Egeo.

Pablo Remón ha escrito funciones estupidas, pero para mí (de las que conozco) es la más cuajada, la más redonda: por su alquimia, su equilibrio entre humor y dolor, su anhelo de ímpetu para salir adelante. Un amigo muy sabio me decía el otro día: "Con Pablo Remón pasará como con Sanzol: su culto fue creciendo poco a poco. En este país hacen falta tres o cuatro funciones de un autor para que el público vaya a ver la siguiente, trate de lo que trate. Se va a ver un estilo, una mirada. Se irá a ver 'lo nuevo de Remón' como ahora vamos a ver 'lo nuevo de Sanzol'".

Mi amigo tiene toda la razón, así que vayan ustedes ganando tiempo, saltendose etapas intermedias: lo nuevo de Remón ha llegado y está en el Pavón. ¿Qué más hay que decir? ¿Que está dirigida a compás por el propio autor, que te lleva de la nariz desde el principio y no te suelta, que están todos que se salen? Dichos queda. Por cierto, a propósito de grandezas. ¿Han visto *La enfermedad del domingo*, de Ramón Salazar, con las enormes Susi Sánchez y Bárbara Lennie? Una película que podría haber escrito Cloe. O Martín, salvado. Vayan también a ver "lo nuevo" de Ramón Salazar.

*'El tratamiento'*, escrita y dirigida por Pablo Remón. *El Pavón Teatro Kamikaze* (Madrid). Intérpretes: Ana Alonso, Francisco Carril, Bárbara Lennie, Francisco Reyes y Emilio Tomé. Hasta el 8 de abril.

“**En este país hacen falta tres o cuatro funciones de un autor para que el público vaya a ver la siguiente, trate de lo que trate**”

**PURO TEATRO**